

# Los peligros de la profesionalización de la filosofía en México

ROBERTO  
CASALES  
GARCÍA

Ta  
EDITORIAL  
TORRES  
ASOCIADOS

*Autocrítica*  
**Cuadernos 5**

# Los peligros de la profesionalización de la filosofía en México

**Roberto Casales García**



*Autocrítica*  
**Cuadernos 5**

Primera edición: junio 2026

© Roberto Casales García

© Editorial Torres Asociados

Av. Aztecas 215, Edificio B-014, Los Reyes

Coyoacán, 04330, México, CDMX

Tels. 5512366494 y 5575926161

Esta publicación no puede reproducirse toda o en partes, para fines comerciales, sin la previa autorización escrita del titular de los derechos.

# Los peligros de la profesionalización de la filosofía en México

Roberto Casales García<sup>1</sup>

Queda claro, en efecto, que el contexto en el que se desarrolla la filosofía de Arendt, o la propuesta de Tocqueville y la de Kant, son contextos distintos al de México, en especial cuando nos referimos al entramado de circunstancias específicas en el que se fue gestando la profesionalización de la filosofía: no vivimos ni en la época de la Alemania nazi, ni nos encontramos en el contexto específico de la Ilustración, y mucho menos en el periodo en el que se fue consolidando la democracia norteamericana. Eso no significa, sin embargo, que sus críticas y cuestionamientos a la pasividad, a la uniformización, al despotismo y al poder tutelar, sean del todo ajenas o estériles para comprender nuestra situación actual, como si el problema de la filosofía en México consistiera burda y llanamente en hacer alusión a pensadores clásicos. De hecho, tal y como lo sostiene Hurtado, “un filósofo mexicano puede hacer suyas las preguntas que se planteaban Platón o Kant”, a condición de “adoptarlas desde nuestra circunstancia”, así como “los grandes filósofos siempre han tomado en cuenta su circunstancia para formular las preguntas y las respuestas en las que fundaron sus sistemas”<sup>2</sup>. El problema de fondo se presenta, en mi opinión, cuando los

<sup>1</sup>Doctor en filosofía por la UNAM. Profesor investigador en la Facultad de Filosofía de la UPAEP.

<sup>2</sup>Cf. Hurtado, G., *El búho y la serpiente. Ensayos sobre la filosofía en México en el siglo XX*, p. 43.

profesionales de la filosofía en México, en su afán de responder a criterios y exigencias ajenas al quehacer mismo de la filosofía, terminan por someterse a cierto tipo de estructuras de carácter tutelar<sup>3</sup>.

A pesar de que “nuestra situación, comparada con la de los filósofos latinoamericanos de hace un siglo, es privilegiada”, ya que, aunque hemos perdido “visibilidad e influencia”, hemos ganado “concentración y rigor”<sup>4</sup>, el proceso de profesionalización de la filosofía en México no siempre, o al menos no en todos los casos, ha respondido a aquella *originalidad y solidez* de las que habla

<sup>3</sup>Una de las consecuencias de someter a la filosofía a este tipo de estructuras, a mi parecer, es que se corre el peligro de reducir el quehacer filosófico, la investigación, a cuestiones meramente exegéticas, como si lo genuinamente filosófico fuese discutir sobre el estatuto ontológico de la materia prima en Aristóteles o Leibniz y no el problema de la desigualdad en México. Con esto no quiero decir que no debamos estudiar lo primero, así como tampoco quiero decir que sea algo filosóficamente irrelevante: necesitamos buenos exegetas que nos ayuden a comprender a los clásicos. Pero tampoco debemos caer en el extremo de hacer de la exégesis la principal fuente de nuestras disquisiciones filosóficas, que es lo que nos reclama la hiperespecialización, tal y como señalaré adelante. El problema no es que existan aristotélicos, kantianos, leibnizianos o marxistas, el problema es que éstos se limiten a problemas de exégesis, como si el pensamiento de los clásicos no nos interpelara en la actualidad, ni nos permitiera abordar las problemáticas actuales.

<sup>4</sup>Hurtado, G., “Hacia una filosofía *para* la democracia en América Latina”, en: *La filosofía mexicana, ¿incide en la sociedad actual?*, México: Torres Asociados, 2008, p. 74

Hurtado<sup>5</sup>. Con esto no quiero decir, de ninguna forma, que no existan actualmente en México, o que no hayan existido en generaciones anteriores, profesionales de la filosofía que incidan en los problemas específicos del país, atendiendo a nuestras circunstancias concretas y a nuestras necesidades, para lo cual tenemos ejemplos notables como los de Mauricio Beuchot, Guillermo Hurtado, Paulette Dieterlen, Juliana González, etc., así como también contamos con ejemplos que nos anteceden como el de Villoro, Zea, Caso, Vasconcelos, etc.<sup>6</sup> Mi crítica, que tiene más un tono de autocrítica, se centra, más bien, en todos aquellos profesionales de la filosofía en México que, absorbidos por la serie de exigencias del mundo académico, con todos sus formalismos y sus vicios, incurren en una suerte de uniformización y pasividad que los vuelve ajenos a la realidad social del país, dando la impresión, como dice Hurtado, de que “mientras más avanza la profesionalización, más se pierde en impacto social”<sup>7</sup>.

Es claro que la filosofía no puede ni debe constreñirse al ámbito de lo político, como si la política fuera “la única actividad inherentemente filo-

<sup>5</sup> Cf. Hurtado, G., *El búho y la serpiente. Ensayos sobre la filosofía en México en el siglo XX*, pp. 43-44.

<sup>6</sup> En su texto “La función de la filosofía en México”, Mauricio Beuchot nos presenta una breve semblanza histórica de cómo la filosofía en México tradicionalmente ha incidido en el ámbito político y social, lo cual nos permite no sólo contextualizar esta (auto)crítica, sino también matizarla (véase: Beuchot, M., “La función de la Filosofía en México”, en: *La filosofía mexicana, ¿incide en la sociedad actual?*, México: Torres Asociados, 2008, pp. 54-62).

<sup>7</sup> Hurtado, G., “Hacia una filosofía para la democracia en América Latina”, p. 75.

sófica”<sup>8</sup> –tesis que Arendt le adscribe a Marx-, pero esto tampoco significa que debamos seguir inmersos en nuestra pasividad, donde la filosofía en México se vuelve cada vez más “irrelevante desde el punto de vista político y social”<sup>9</sup>. A reserva de que esto último se puede y debe matizar para hacerle justicia a las academias de filosofía en México, donde, reitero, encontramos casos notables de filósofos que inciden en el ámbito propio de la acción, no deja de ser bajo el número de profesionistas de la filosofía que tienen realmente alguna relevancia en este ámbito. Esto se debe, entre otras muchas cosas, a la serie de exigencias académicas que tanto las universidades como el Sistema Nacional de Investigadores (SNI), en su afán de medir todo bajo criterios uniformes, terminan por imponer a cada uno de sus miembros. Claro es que uno puede no pertenecer ni a uno ni a otro, pero en un país donde las condiciones económicas y laborales son del todo precarias, más para aquellos profesores e investigadores que no cuentan con una plaza fija, y donde la investigación tiende a ser constantemente mitigada y minusvalorada de múltiples formas, ser un investigador independiente no se presenta como la mejor alternativa. Si a esto le sumamos las condiciones en las que usualmente se desarrolla la investigación en el país, nos encontramos con un panorama un tanto desolador, el cual no deja muchas opciones a los intelectuales mexicanos: de ahí que muchos de los investigadores y académicos, incluyendo a los filósofos, se vean en la necesidad de ajustarse a esas exigencias.

<sup>8</sup> Arendt, H., “El final de la tradición”, en: Arendt, H., *La promesa de la política*, trad. Cañas, E. y Birulés, F., México: Paidós, 2016, p. 129.

<sup>9</sup> Hurtado, G., “Hacia una filosofía para la democracia en América Latina”, p. 76.

Aunque esto último es algo que se extiende más allá de los profesionales de la filosofía, tiendo a creer que el tipo de exigencias y criterios uniformizantes que suponen este tipo de sistemas de incentivos, tiende a ser peculiarmente nocivo para la filosofía. Una de las razones para sostener esto último radica en que este tipo de sistemas tutelares, que generan una falsa apariencia de libertad, obligan a los profesionales de la filosofía “a especializarse de manera cada vez más temprana y más estrecha”<sup>10</sup>. Se trata de una hiperespecialización, por tanto, que nos coacciona a enfocarnos prioritariamente en una sola línea de investigación, bajo la creencia de que, cuanto más especializada sea nuestra investigación, más consolidada es. Si a esto le sumamos un sistema que privilegia la sobreproducción o, mejor dicho, la evaluación cuantitativa sobre la cualitativa, tenemos como resultado no sólo la génesis de un sinfín de prácticas viciosas usadas para inflar el currículo<sup>11</sup>, sino también un cierto frenesí por estar publicando todo el tiempo, incluso cuando lo publicado no sea de la mayor calidad posible —el famoso “publish or perish”—. Detrás de esta fuerte tenden-

<sup>10</sup> Hurtado, G., “Hacia una filosofía para la democracia en América Latina”, p. 75.

<sup>11</sup> En un trabajo de 2018, “Universidad y mercado: el humanismo ante una cultura consumista”, advertí que uno de los peligros de someter la investigación bajo criterios específicos del mercado, reside, por un lado, en priorizar la cantidad sobre la calidad y, por otro, en convertir la academia en una mera fábrica de egos (véase: Casales, R., “Universidad y mercado: el humanismo ante una cultura consumista”, en: Robles, C., Sánchez, R. y García, M.C. (coords.), *Perspectivas fenomenológicas sobre la cultura. Ensayos críticos*, México: Del Lirio, 2018, pp. 256-257).

cia a la sobreproducción de escritos que, por diversas razones, muy pocos leerán, se esconde también la propensión a creer que un paper o un artículo tiene un mayor grado de especialización que un libro y que, por tanto, debiéramos erigirlo como el modelo paradigmático de escritura filosófica.

A pesar de que este modelo puede funcionar, y de hecho funciona, para otro tipo de disciplinas o ciencias, como la medicina —donde es raro que se publiquen grandes tratados como los de Hipócrates—, en el caso de la filosofía difícilmente podremos decir que un artículo sobre la *Metafísica* de Aristóteles tiene la misma profundidad y riqueza que ésta. No es que no se pueda hacer filosofía a través de artículos o paper's, pero privilegiar su escritura por considerarlos de mayor valor que un libro, que es siempre más complejo y más laborioso, me parece un despropósito. Claro que habrá quien diga que no todos los libros tienen ni los mismos filtros de calidad ni el mismo rigor de una revista, pero esto mismo es algo que ocurre con las publicaciones periódicas, cuyos procesos de evaluación no siempre son los más objetivos, ya que, así como existen evaluadores que son sumamente cuidadosos y se toman realmente en serio su labor, también hay otros que no. Además, por más elaborado que esté un artículo, el nivel de profundidad que éste puede alcanzar es siempre mucho más delimitado que un libro, para lo cual basta ver las restricciones en el número de palabras que éste puede tener, algo que en la actualidad tiende cada vez más a reducirse. Uno no puede esperar que un artículo sobre el idealismo trascendental de Kant tenga la misma profundidad y el mismo nivel de reflexión que la *Crítica de la razón pura*.